

Los juegos de lenguaje de Fritz Mauthner y Ludwig Wittgenstein

Cristián Santibáñez Yáñez

Pero el lenguaje no es un objeto de uso, ni tampoco un instrumento;
sobre todo no es un objeto, no es más que su propio uso.
Lenguaje es uso de lenguaje.

FRITZ MAUTHNER, *Contribuciones*

El significado de una palabra es su uso en el lenguaje

LUDWIG WITTGENSTEIN, *Investigaciones Filosóficas*

ABSTRACT

Ludwig Wittgenstein's ambiguous and unfriendly comment on Fritz Mauthner, in paragraph 4.0031 of *Tractatus*, is the point of departure of this paper that discusses similarities and differences between these two Austrian philosophers. By putting emphasis on concepts such as «metaphor», «analogy», «language use», «language grammar», but also on the role of «silence» and even on the notion of «game», this paper concludes that there are more similarities than differences, and that the contempt that Wittgenstein displays towards Mauthner could have been due to the latter's cultural relativism and antireligious feelings.

RESUMEN

Un ambiguo y poco amistoso comentario de Ludwig Wittgenstein sobre Fritz Mauthner, en el parágrafo 4.0031 del *Tractatus*, es el punto de inicio de este trabajo que discute las similitudes y diferencias entre estos dos filósofos austriacos. Poniendo énfasis en conceptos como «metáfora», «analogía», «uso del lenguaje», «gramática del lenguaje», en el papel del «silencio», e incluso en la noción de «juego», aquí se concluye que hay más puntos de encuentro que distingos, y que la distancia que Wittgenstein muestra pudo haberse debido al marcado relativismo cultural y sentimiento antirreligioso de Mauthner.

I. INTRODUCCIÓN

4.0031 es el parágrafo del *Tractatus* donde Wittgenstein menciona a Mauthner. El tono es el siguiente: «Toda filosofía es “crítica del lenguaje”. (En todo caso, no en el sentido de Mauthner.) Mérito de Russell es haber mostrado que la forma aparente de la proposición no tiene por qué ser su forma real.» [Wittgenstein (1999), p. 51]. En *La Viena de Wittgenstein*, Toulmin y Janik señalan que la presencia e influencia de Mauthner sobre Wittgenstein fue en ciertos aspectos decisiva para los desarrollos futuros del filósofo.¹ En el mismo sentido va un ácido comentario que se le atribuye a Popper respecto de la presencia de Mauthner en Wittgenstein. Este comentario Edmonds y Eidinow lo contextualizan del siguiente modo:²

Hasta su muerte, en un comportamiento que bordea la obsesión, Popper no pudo resistirse a disparar al tuntún contra Wittgenstein. En lo que a él concernía, la «existencia de problemas perentorios y serios y la necesidad de examinarlos críticamente es la única justificación de lo que podríamos llamar filosofía profesional o académica». Una de las primeras indirectas en *Búsqueda sin término* emerge cuando Popper rememora su niñez. Comienza esa sección comentando: «Hace mucho que creo que hay problemas filosóficos genuinos que no son simple causa de perplejidad o puzzles originados por el mal uso del lenguaje. Algunos de esos problemas son obvios hasta para los niños». También hay más ataques *ad hominem*: «Wittgenstein [...] no mostró a la mosca el camino de salida de la botella. Más bien, veo en la mosca incapaz de salir de la botella un llamativo autorretrato de Wittgenstein». (Wittgenstein era un caso wittgensteiniano, lo mismo que Freud era un caso freudiano). Le lanza otra pulla en *Búsqueda sin término*, al hablar de dos autores presentes en la biblioteca de su padre, Fritz Mauthner y Otto Weininger, «os cuales parecen haber ejercido alguna influencia sobre Wittgenstein». La nota que añade a esta frase es una cita de Weininger: «Todos los bestias, de Bacon a Fritz Mauthner, han sido críticos del lenguaje». [Edmonds y Eidinow (2001), p. 245].

De lo cual se obtiene, como lo indican Toulmin y Janik, y lo corrobora Popper, que Mauthner tuvo un tipo de presencia intelectual en la casa de niñez de Wittgenstein, que éste lo habría leído, y que pesaba sobre aquellos que se dedicaban a la «crítica del lenguaje» un prejuicio severo en el ambiente vienés. ¿Qué tipo de vínculo hubo entre Wittgenstein y Mauthner para que el primero destilara un tono de desprecio hacia el segundo en su obra capital de juventud?

Nótese que Wittgenstein cita a Mauthner en una parte nuclear del *Tractatus*,³ y junto a una observación que vincula lo que equivocadamente se conoce como su primera y segunda filosofía, a saber: «Toda filosofía es “crítica del lenguaje”». Sólo al pasar, señalar que esta aseveración no sólo marca el rumbo y dirección del movimiento filosófico del pensamiento de

Wittgenstein,⁴ sino que marca uno de los impulsos de lo que se conoce posteriormente como filosofía del lenguaje ordinario.⁵

En el *Tractatus*, Wittgenstein nombra además a Frege, Hertz, Russell, Whitehead, y a ninguno de ellos les añade un epíteto que trasluzca cierto desdén.

Dado que no es posible, ni deseable, una reconstrucción de los motivos psicológicos de la distancia de Wittgenstein respecto de Mauthner, lo que además traicionaría a Wittgenstein en su espíritu filosófico al intentar hablar de «rasgos psicológicos», lo que se expondrá son algunos de los puntos de encuentro y desencuentro entre ambos autores, para desde allí comprender de una forma más aproximada la relación entre ellos y, en particular, la deriva conceptual que Wittgenstein recoge y asume de su época.

Sin embargo, se debe adelantar que el examen de las posiciones arrojará que el encuentro entre ambos vieneses se da en algunos de los términos centrales que, con posterioridad a Mauthner, Wittgenstein utiliza. Por ejemplo, concebir el lenguaje como su «uso», como «actividad», e incluso, en la relación que establecen entre «lenguaje» y «juego». Cabría sostener, de este modo, que la presencia de la filosofía de Mauthner está en varios aspectos de los pensamientos de Wittgenstein, más allá de lo que este último quiso reconocer.

Para dar un cuadro adecuado de estas similitudes y diferencias, en primer término se contextualizará la perspectiva de Mauthner, indicando sus nociones medulares sobre el lenguaje, reproduciendo algunos de sus intereses principales. En segundo lugar, se expondrán las coincidencias que más llaman la atención entre los dos autores. La tercera parte está dedicada, brevemente, al análisis comparativo del concepto de «juegos de lenguaje». Las conclusiones, por su parte, subrayan ciertos aspectos señalados en el cuerpo del texto, pero en especial especulan sobre las razones del nulo reconocimiento de Wittgenstein a Mauthner.

Como el lector tendrá ocasión de ver, las citas a ambos autores, muchas veces, son extensas. Esto es así porque se intenta evitar el error de basar la comparación entre estos pensadores en ideas totalmente descontextualizadas. Frente a la longitud de los extractos, se pide un tanto de paciencia.

II. MAUTHNER: EL LENGUAJE COMO OBSTÁCULO

La traducción de *Beiträge zu einer Kritik der Sprache: Wesen der Sprache* de Fritz Mauthner, obra publicada originalmente en 1901,⁶ termina con lo siguiente: «Ocuparse del lenguaje es la forma fundamental de ocuparse del ser humano (Gerhard Rühm)» [Mauthner (2001), p. 231].⁷ Esta «ocupación» no fue propia y exclusiva de Mauthner. Junto a él hubo una serie de intelectuales notables de Austria de mediados y fines del siglo XIX que vieron en el lenguaje el principal obstáculo para la comunicación genuina. Entre otros de los que estaban en la misma vena por aquel entonces en Austria, pero también en

Alemania e incluso en Inglaterra, destacan Bachmann, Handke, Hofmannsthal, Kraus, Loos, Musil. Estos intelectuales sirvieron de plataforma a las reflexiones de Wittgenstein, quien, aunque desde una posición aparentemente sin connotaciones políticas, encaró los problemas heredados. Una buena introducción a tal ambiente la disponen Toulmin y Janik:

Resumiendo: por el año 1900 los interconectados problemas de la comunicación, la autenticidad y la expresión simbólica habían sido encarados paralelamente en todos los campos principales del pensamiento y del arte por Kraus y Schönberg, por Loos y Hofmannsthal, por Rilke y Musil. Así, pues, el escenario estaba aparejado para una crítica *filosófica* del lenguaje que pudiese darse en términos completamente generales. El próximo artículo de nuestra agenda consiste en mirar y ver cómo se les presentaba esta tarea a los pensadores y escritores que habían crecido en el ambiente vienés de los años 1890 y 1900, especialmente si la vemos a la luz de las tres tradiciones filosóficas con las que estaban más familiarizados. Estas eran: 1.^a, el neoempirismo de Ernst Mach, con su énfasis en las «impresiones de los sentidos» y la ciencia natural; 2.^a, el análisis kantiano de la «representación» y de los «esquemas», considerados como determinantes de las formas de la experiencia y el juicio, y su continuación en el antifilósofo Arthur Schopenhauer; y 3.^a, el acercamiento antiintelectualista a las alternativas morales y estéticas adelantadas por aquel otro antifilósofo Søren Kierkegaard, y que tuvieron su caja de resonancia en las novelas y ensayos de León Tolstoy. Comenzaremos esta reconstrucción filosófica poniendo ante nuestros ojos los puntos de vista del primer escritor europeo moderno que consideró que el lenguaje como tal era el tópico central y crucial de las consideraciones filosóficas. De acuerdo con el resultado de nuestras investigaciones, no resultará sorprendente que este primer intento por expresar una crítica del lenguaje completamente general de esta índole, desde puntos de vista filosóficos, fuese llevada a cabo por un apóstata judío de Bohemia, que, como crítico teatral en Berlín, se puso a horcajadas entre la filosofía y la literatura. Este hombre fue Fritz Mauthner, escritor a cuya *Sprachkritik* se referiría el propio Wittgenstein posteriormente en el *Tractatus*. [Toulmin y Janik (1998), pp. 149-150].

En efecto, desde el punto de vista de los datos biográficos, como muchos de los intelectuales de Viena de comienzo de siglo XX, Mauthner perteneció a una familia judía que transitó por varios lugares de Europa. Nació en Bohemia, estudió en Praga, y vivió en Berlín. Se sentía parte del «pueblo alemán», aun cuando reconocía que éste difícilmente lo reconocería como parte del mismo. Su cosmopolitismo temprano le significó un manejo fluido del alemán, del checo y del hebreo. Quizá esta conciencia en los idiomas influyó en su decisión de trabajo crítico. Sin embargo, su programa no estaba sólo inscrito en el campo idiomático, antes bien, era principalmente conceptual y ético. Sus *Contribuciones* las realizó en el campo epistemológico, lógico, metafísico y político. Su perspectiva general es que la crítica del lenguaje

no es un análisis lingüístico, sino que es un esfuerzo por poner en duda la capacidad del lenguaje para reflejar la realidad.

De acuerdo con Toulmin y Janik, en la posición de Mauthner se encuentran asumidas las exigencias del nominalismo, esto es, que los términos y las palabras son nombres o descripciones de agregados de individuos más que entidades; esta perspectiva fue producto tanto de una reflexión filosófica propiamente dicha, como resultado del ambiente social y político alemán y austriaco que utilizaba con grandilocuencia palabras como *Volk* y *Geist*, que para Mauthner sólo eran términos vacíos y abstractos. Para los nominalistas, con Occam a la cabeza, no existen conceptos universales, sólo «nombres» universales, esto es, no existe el concepto universal «hombre», sólo la palabra que se usa para nombrar al conjunto de los hombres.⁸ Dicho de otra forma, y en particular para los nominalistas medievales, no existe una esencia universal compartida por todos los hombres, sólo existen semejanzas entre unos hombres y otros, y en tales semejanzas está el único fundamento real de los conceptos universales. Esta posición asumida por Mauthner se refleja en muchos pasajes de su obra, por ejemplo cuando en el siguiente párrafo señala el objeto de la lingüística, la esencia del lenguaje y su perfil abstracto y, por tanto, falso:

Pero, ¿qué es el «lenguaje» que a mí me ocupa? ¿Cuál es su esencia? ¿En qué relación está «el lenguaje» con los lenguajes? La contestación más sencilla sería: no existe «el lenguaje»; esta palabra no es más que una tan pálida abstracción que casi no corresponde a nada real. Y si el lenguaje humano y en particular, mi lengua materna fuera un instrumento positivo para el conocimiento, tendría yo que abandonar de antemano este intento de crítica, porque el objeto de mi investigación sería una abstracción, un concepto sin realidad e incomprensible. Y con esto me encuentro ante el primer entristecedor dilema. Únicamente si el lenguaje humano y, en especial, mi lengua materna, no es seguro ni lógico, podré descubrir alguna realidad tras la abstracción: «el lenguaje»; pero entonces, debido a la falta de fiabilidad del instrumento, no podré comenzar la investigación tan fundamentalmente como deseo. [Mauthner (2001), p. 34].

La expresión de duda que se encuentra en Mauthner, a saber, la incierta posibilidad de conocer a través del lenguaje, es una nota de escepticismo y crítica que perfila su perspectiva no sólo relativa al lenguaje, sino también a la tendencia de reificación constante de la gente común de dar contenido a expresiones abstractas. El acercamiento al lenguaje del gramático, del lógico e incluso del filósofo, a quienes Mauthner llama los «ociosos fanáticos del orden», ha estado marcado por una pulsión hacia la abstracción que ha impedido ver al lenguaje como una acción humana. Sostiene a este respecto:

MITOLOGÍAS EN EL LENGUAJE [...] Sospecho que «el lenguaje», el lenguaje en general o la esencia del lenguaje, en observación exacta no querrá saber nada del imperio del pensar, de la lógica y de la gramática. «El lenguaje» se presentará, en su mayor parte, como una abstracción vacía. Pero cuando nosotros descubramos verdadera identidad entre los lenguajes particulares, que, sin duda,

también son abstracciones; cuando «el lenguaje» sea una denominación de un verdadero modo de la acción humana, entonces no tendremos jamás necesidad de volver, como al origen, sobre el pensar, la lógica y la gramática. Es más; encontraremos que el pensar, la lógica, y la gramática son características del idioma, que están en cierto modo, dentro del lenguaje y han sido sacados únicamente por ociosos fanáticos del orden. Así, no hay en la naturaleza otro azul que en los fenómenos azules. Estaría también allí si el lenguaje no se hubiera tomado la molestia de abstraer el adjetivo azul. Como estaba allí la electricidad antes de descubrirla, esto es, antes de que sus efectos pudieran ser percibidos por nuestros sentidos. Como en la naturaleza están ya todos los elementos que nosotros no conocemos todavía. [Mauthner (2001), pp. 39-40].⁹

Este punto de partida general, de escepticismo y crítica, se complementa con la idea de Mauthner, señalada también por Toulmin y Janik, de que los «nombres» son metáforas de lo que perciben los sentidos. De este modo, a diferencia de un nominalista clásico en este punto, Mauthner no considera que los «nombres» designen de modo directo las experiencias sensoriales.

Sentencia Mauthner en unos de sus encabezamientos aforísticos: *El lenguaje no es instrumento de conocimiento*, y acto seguido encabeza otro de sus comentarios con «Palabras sin intuición», donde a continuación esclarece por qué con el lenguaje no se conoce y por qué con él sólo obtenemos metáforas, imágenes:

PALABRAS SIN INTUICIÓN. Pero esta elevada actividad del arte de la palabra, que, como cuadro del mundo real, supera además todos los intentos de un conocimiento científico, tiene su límite en la capacidad del lenguaje de dar intuiciones. No solamente la vieja estética, desde Aristóteles hasta Lessing, creyó poder conseguir la imitación de la naturaleza por medio del lenguaje; ya no se emplea la palabra imitación, pero ningún poeta ni esteticista parece dudar de que imágenes del mundo real puedan ser evocadas claramente con la palabra. En verdad decía Vischer (III, 93): «El que identifica el arte con la imitación de la naturaleza, le define como un juego»; después juega él un poco con la palabra «juego». Pero nosotros hemos experimentado que las palabras no dan imágenes, sino imágenes de imágenes de imágenes. En la vida cotidiana, ante el camarero, nos manejamos bien con las palabras del lenguaje, de modo que olvidamos con frecuencia lo inepto que es para alcanzar sus fines últimos. Cada palabra está preñada de su propia historia, cada palabra lleva en sí una infinita evolución de metáfora en metáfora. Si el que emplea la palabra tuviera presente sólo una parte de esta evolución metafórica del lenguaje, no hablaría por la cantidad de visiones que tendría; pero como no la tiene presente emplea cada palabra según su convencional valor diario, como ficha de juego, y con esta ficha de juego da sólo un valor imaginario, nunca una intuición. [Mauthner (2001), pp. 129-130].

El carácter principalmente metafórico del lenguaje que Mauthner subraya,¹⁰ va de la mano con otras visiones del autor relativas al carácter social del lenguaje, lo mental o psicológico en el lenguaje y su esfera pragmática.

Conforme a su nominalismo de base, Mauthner subraya el hecho de que el lenguaje sólo se expresa a través de sus usuarios, los individuos, que participan de la «actividad» del lenguaje. Que el lenguaje se exprese sólo a través de las personas no indica que aquél sea reflejo de la psicología de sus usuarios, ya que para Mauthner los sentidos están orientados hacia el exterior, hacia lo físico, por lo que mal podría el lenguaje decir algo esencial sobre lo «mental». Por otra parte, que el lenguaje sirva para la comunicación entre sus usuarios es indicativo de que tiene una finalidad. Esta finalidad tiene su sentido al gobernar las emisiones de los usuarios que participan de lo social. Dicho de otra forma, el lenguaje es una convención, cuyo objeto es ordenar la vida social de los individuos que se vinculan culturalmente. El lenguaje ordena a sus usuarios de la misma forma en que una regla gobierna a los que participan en un juego. Si bien el lenguaje se erige sobre una plataforma perceptiva de los individuos, lo que es realmente significativo del lenguaje, o mejor, lo que tiene significación en él, es la acción que sugiere luego de su uso.

Este último aspecto es parte de una concepción pragmática del lenguaje, y en Mauthner se explica del siguiente modo. Dado que todos los individuos pueden tener manifestaciones sensoriales distintas e indicarse potencialmente a través del lenguaje y, en lo fundamental, dado que es posible que los individuos no sepan qué nombre otorgar a una sensación y hacer que otro individuo le entienda, entonces lo importante no son las imágenes de las sensaciones, u otras, *per se*, sino las coordinaciones que hay entre ellas y las acciones que se suscitan por tal coordinación. De allí que en el lenguaje exista, como nos indicaba la cita anterior, una cadena metafórica de entendimiento, y que cada uno de sus tramos tenga su propia historia: las metáforas reproducen un valor diario, y este valor, a su vez, es el que logra, provoca o impulsa una acción, evento o suceso.

El siguiente, que es el párrafo final del libro, pone en perspectiva varias de las principales consideraciones de Mauthner, y permite ver con mayor claridad las coincidencias posibles y las diferencias evidentes con la posición de Wittgenstein:

PENSAR Y HABLAR SON VERBOS SOLAMENTE. Pero al final del camino bien pudiera, con más atención si cabe que hasta aquí, tratar de aclarar por qué he de sentar siempre la igualdad entre el hablar y el pensar como dos conceptos de igual valencia para la suma de la memoria humana y, además, por qué acepto los diferentes matices de estos conceptos en el uso lingüístico. En este lugar he de anticipar brevemente lo que luego será mejor aclarado en la crítica del verbo (libro 3, 1.^a, 2 cap.): que no hay un verbo en el mundo de nuestras representaciones; que las representaciones de la acción, en general, se forman mediante un fin oculto, mediante el fin en el verbo, fuera de la naturaleza, mediante la humana representación teleológica. No hay en ningún sitio nada que sea «cavar» o «marchar», no hay más que innumerables movimientos o diferenciaciones de acción que nosotros concebimos como «cavar» «marchar», según el fin

de la acción. El «comprender» no existe en ningún lado, no hay más que innumerables movimientos microscópicos o variaciones que nosotros entendemos o abarcamos como «comprender». Verbos de esta índole son también pensar y hablar. Resúmenes de movimientos humanos hacia un fin. Acciones que se disgregan cuando el lugar de la acción cae en el punto de vista de la atención. Acciones que se concentran, cuando se dirige la atención sobre el procreador del verbo, el fin. Lenguaje y pensamiento existen mientras que la acción humana o bestial se facilite con los signos de la memoria; por tanto, siempre. En el uso lingüístico científico se amplía unas veces el concepto pensar y otras el concepto hablar, y entonces no se cubren los dos conceptos por un instante [...] Un ejemplo más para hacer la relación entre el pensar y el hablar tan clara como una sonrisa. Así como en la acción de hablar no siempre se toma conciencia de la finalidad inherente del verbo, así tampoco en la acción de ir. El movimiento de marchar, sin dirección fija, se llama «ir» o también correr o saltar. (Análogamente para hablar: conversar o decir). Pero si el perro o el hombre corren detrás de la liebre entonces cazan la liebre. Aquí tenemos dos palabras, cazar y correr, que se separan tanto la una de la otra como hablar y pensar y que, sin embargo, coinciden, confluyen hasta en sus diferenciaciones de movimiento. El fin crea el verbo; el adecuado lenguaje humano con sus conceptos y categorías crea el pensamiento. Tal vez esta intentada exposición de la relación entre hablar y pensar no esté muy distanciada de la más profunda doctrina de Kant, de su verdadera revolución copernicana. «Para la experiencia se requiere entendimiento». Y razón. Puesto que el mundo objetivo viene de nuestro mundo conceptual y el conquistado mundo del pensamiento, del lenguaje heredado. [Mauthner (2001), pp. 228-229].

De las similitudes, resaltemos sólo la más importante, aquella que une a ambos autores en la concepción del significado de los actos lingüísticos y, en particular, de ciertos verbos centrales de uso filosófico: no hay un significado esencial de los verbos, o de las expresiones, sólo, como luego Wittgenstein dirá, «parecidos de familia» entre las infinitas acciones que se producen cuando se usan las expresiones. No hay «un lugar» específico donde encontrar el sentido último, sólo movimientos y variaciones.

Una posible diferencia: en Mauthner hay un rol importante de la «memoria», de la capacidad de recordar signos, mientras que Wittgenstein, parece ser, no presta mayor atención a esta variable en el uso del lenguaje.¹¹

III. DE COINCIDENCIAS Y DISTINGOS

Sostiene Wittgenstein en *Cuaderno azul*:

Podemos decir que pensar es esencialmente la actividad de operar con signos. Esta actividad es realizada por la mano, cuando pensamos escribiendo; por la boca y la laringe, cuando pensamos hablando; y si pensamos imaginando signos o imágenes, no puedo indicarles un agente que piense. Si se dice entonces que en estos casos es la mente la que piensa, yo llamaría solamente la atención so-

bre el hecho de que se está utilizando una metáfora, de que aquí la mente es un agente en un sentido diferente de aquél en que puede decirse que la mano es el agente al escribir [...] Quizá la razón principal por la que tenemos una inclinación tan grande a hablar de la cabeza como del lugar de nuestros pensamientos es esta: la existencia de las palabras «pensar» y «pensamiento» junto a las palabras que denotan actividades (corporales), tales como escribir, hablar, etc., nos hacen buscar una actividad, diferente de éstas, pero análoga a ellas, que corresponda a la palabra pensar. Cuando las palabras tienen *prima facie* en nuestro lenguaje ordinario gramáticas análogas, nos inclinamos a intentar interpretarlas análogamente; es decir, tratamos de hacer valer la analogía en todos los campos. [Wittgenstein (1998), pp. 33-34].

En las *Investigaciones*, párrafos 316 y 318, Wittgenstein asevera:

316. Para clarificar el significado de la palabra «pensar», nos observamos a nosotros mismos mientras pensamos: ¡Lo que observamos ahí será lo que la palabra significa! — Pero ese concepto no se usa precisamente así. (Sería como si yo, sin conocimiento del ajedrez, mediante estricta observación del último movimiento de una partida de ajedrez, quisiera descubrir lo que significa la expresión «dar mate».)

318. Si pensamos mientras hablamos o también mientras escribimos —me refiero a como lo hacemos habitualmente— no diremos, en general, que pensamos más rápido de lo que hablamos; por el contrario el pensamiento parece aquí *no separado* de la expresión. Por otro lado, sin embargo, se habla de la rapidez del pensamiento; de cómo los problemas se nos vuelven claros de golpe, etc. [Wittgenstein (2002), p. 255].

En el párrafo 371 de las *Investigaciones*, Wittgenstein admite que «La *esencia* se expresa en la gramática» [Wittgenstein (2002), p. 281] (cursiva en el original); proposición que nos da tanto la primera coincidencia como la primera diferencia entre ambos autores, pues, como se observa en estos apartados de Wittgenstein y los ya citados de Mauthner, en los dos autores la crítica del lenguaje pasa por un «análisis gramatical», pero en Wittgenstein esto se lleva a cabo con mayor detalle, de una forma más sistemática, con más abundancia de análisis de ciertos «verbos», su inserción en enunciados y su función en determinados contextos. Se debe repetir aquí que para Wittgenstein «Toda filosofía es “crítica del lenguaje”», lo cual resulta, como se ha dicho en la introducción, de un legado de su contexto vienés, del que Mauthner fue parte, y funciona como clave fundamental de su método.

En segundo lugar, en estas pocas citas, se evidencia que el acercamiento de ambos autores a verbos o actividades del lenguaje centrales de uso ordinario —que mueven a mal entendidos y confusiones—, tales como «pensar», «hablar», «creer», «sentir», etc., se hace desde un análisis que emplea la categoría «metáfora», y que las comparaciones con usos gramaticales donde parti-

cipan estos verbos provienen de una perspectiva donde la analogía es un esquema descriptivo básico. Las analogías, por su parte, se hacen entre fuentes materiales o físicas con gramáticas abstractas, es decir, se hacen confrontando las actividades intelectuales con actividades fisiológicas de los individuos (correr, marchar, jugar ajedrez).¹² La medular función de la metáfora en Wittgenstein, por otra parte, queda totalmente comprobada en *Aforismos, cultura y valor*, cuando se sincera sosteniendo —parágrafo 4— que: «Una buena metáfora refresca el entendimiento» [Wittgenstein (1996b), p. 31], y más tarde —parágrafo 101— lo siguiente: «Creo que hay una verdad si pienso que, de hecho, mi pensamiento es sólo reproductivo. Creo que nunca he descubierto un movimiento intelectual, siempre me fue dado por algún otro. Lo único que hecho es apresarlos apasionadamente de inmediato para mi labor de aclaración. Así, han influido sobre mí Boltzmann, Hertz, Schopenhauer, Frege, Russell, Kraus, Loos, Weininger, Spengler, Sraffa. ¿Podrían ponerse como ejemplos de capacidad judía de reproducción a Breuer y a Freud? Lo que descubro son nuevas metáforas». [Wittgenstein (1996b), pp. 57-58].

En tercer lugar, ambos autores llaman al acto lingüístico «actividad», y coinciden en que el lenguaje es su «uso», o que su «significado» es su uso. Mauthner sostiene: «Pero el lenguaje no es un objeto de uso, ni un instrumento tampoco; sobre todo, no es un objeto, no es más que su propio uso. Lenguaje es uso de lenguaje. Y así no es ya un milagro que el uso crezca con el uso» [Mauthner (2001), p. 51]. Wittgenstein por su parte —*Investigaciones*, párrafos 23 y 42— afirma: «La expresión “juego de lenguaje” debe poner de relieve aquí que hablar el lenguaje forma parte de una actividad o de una forma de vida» [Wittgenstein (2002), p. 39]; «Para una gran clase de casos de utilización de la palabra “significado” —aunque no para todos los casos de su utilización— puede explicarse esta palabra así: el significado de una palabra es su uso en el lenguaje». [Wittgenstein (2002), p. 43].

En estos apuntes las coincidencias son patentes. La diferencia es la dirección. Mientras en Mauthner pareciera ser que el énfasis es más radical, producto de, especulando sobre este punto, un ambiente intelectual más politizado, en el sentido amplio del término [véase Toulmin y Janik (1998), pp. 115-150], Wittgenstein expresa atenuaciones en la crítica —«Para una gran clase [...] aunque no para todos»—,¹³ que refleja, quizás, una forma más académica, a pesar de que él haya mostrado con su carácter y actitudes un rechazo a la vida universitaria común.¹⁴

Las coincidencias no sólo se observan entre las *Contribuciones* y las *Investigaciones*, sino también entre las *Contribuciones* y el *Tractatus*. Por ejemplo, sobre la idea de «silencio» y/o «callar», por un lado, y sobre el uso de la metáfora de la «escalera», por otro.

Respecto del tópico «silencio-callar», Mauthner expone, comentando a Maeterlinck, que no sólo el lenguaje no sirve para decirse nada esencial entre dos personas, sino que no sirve, como se expuso más arriba, para conocer:

«Siempre vuelve a tornar el pensamiento de que dos seres humanos no se pueden decir nada esencial con la ayuda del lenguaje. Maeterlinck no va más allá de esta observación ético-poética del lenguaje; nunca se le ocurre, ni remotamente, que tampoco pueda expresarse conocimiento con ayuda del idioma» [Mauthner (2001), p. 133]. Por «esencial» entiende Mauthner los sentimientos reales de los individuos frente a los problemas de la vida y el mundo, las actitudes místicas, o las «afecciones del alma». Se trata de las cosas que, justamente para el Wittgenstein del *Tractatus* —parágrafo 7— son indecibles. Sostiene Mauthner: «Los lenguajes culturales han perdido la facultad de servir a los hombres para comprender fuera de cuatro rudezas. Sería el tiempo de aprender a callar» [Mauthner (2001), pp. 227-228]; y Wittgenstein: «De lo que no se puede hablar hay que callar» [Wittgenstein (1999), p. 183].

Respecto del uso de la metáfora en la que el lenguaje es una escalera, Mauthner expone: «Si quiero yo trepar en la crítica del lenguaje, que es la ocupación más importante de la humanidad que piensa, debo, pues, acabar con el lenguaje que hay tras de mí, junto a mí y delante de mí; paso tras paso, debo, pues, destruir, al pisarlo, cada peldaño de la escala. El que quiera seguir, construirá unos nuevos peldaños para romperlos a su vez» [Mauthner (2001), p. 31]. Y Wittgenstein por su parte: «Mis proposiciones esclarecen porque quien me entiende las reconoce al final como absurdas, cuando a través de ellas —sobre ellas— ha salido fuera de ellas. (Tiene, por así decirlo, que arrojar la escalera después de haber subido por ella.) Tiene que superar estas proposiciones; entonces ve correctamente el mundo». [Wittgenstein (1999), p. 183].

La idea general de los dos autores es que de la inevitabilidad de la crítica del lenguaje, único camino para un esclarecimiento filosófico —y también científico—, no se obtiene sino por medio de la práctica de la superación de lo que ata a lo inconducente, el lenguaje, puesto que del lenguaje heredado, de las metáforas de un tiempo concreto, de las imágenes que comparte una comunidad, de las analogías que los individuos hacen, no se obtiene nada con sentido, nada de lo que importa realmente, porque aquello que importa es inexpressable: el sentido de la vida, las experiencias estéticas y religiosas.

El paralelismo entre ambos austriacos continúa en varias direcciones. Hay un análisis similar en la gramática del «juego de lenguaje “saber”», en la concepción del lenguaje como «costumbre», del lenguaje como «ciudad», en la gramática de «dolor», en la noción de «lenguaje privado» —punto absolutamente menos claro y explícito en Mauthner, pero germinalmente presente.

Para terminar esta sección, diré algo sobre el juego de lenguaje de «saber». En Wittgenstein, el estudio más detallado de este asunto se encuentra en *Sobre la certeza*, si bien en las *Investigaciones* también se habla sobre este tema. *Sobre la certeza* es considerada su más acabada compilación de reflexiones epistemológicas, donde términos como «creencia», «evidencia», «duda», «certeza», «experiencia», «subjetividad», «fundamento», «justificación», «ar-

gumentación», «persuasión», entre otros, se usan profusamente para mostrar un camino de aproximación al modo en que se utiliza el juego de lenguaje de «saber», «creer», «dudar», etc.

Lo cierto es que Mauthner mostró a Wittgenstein el camino que éste habría de seguir con pocas diferencias, si bien es verdad que el nominalismo los separa. Es necesario reproducir, nuevamente, un buen trozo de la posición de Mauthner para tener una visión completa del cuadro:

«El azúcar es dulce». La frase «el azúcar es dulce» (*«der Zucker ist süß»*) es, aunque pequeña, una parte de nuestro conocimiento del mundo Y, sin embargo, este pequeño conocimiento se puede considerar de dos modos distintos, según que yo haya pensado con esta frase el hecho subjetivo de que la porción de azúcar ha despertado en mí la sensación dulce, o que, según mi experiencia y la de toda la humanidad, el azúcar provoca sensaciones dulces, en general u objetivamente. En el segundo caso, es regla de la humanidad llamar azúcar a la materia y dulce a la sensación: pero fuera de lo enunciable hay una condición del organismo humano, la de notar especiales y diferentes sensaciones agradables, al poner en contacto esta materia con la lengua o el paladar. La frase «el azúcar es dulce» en el sentido subjetivo, primero, es sólo una especial aplicación de la regla. Si me he dejado engañar y he probado arsénico, entonces soy demasiado tonto para jugar; si he mentido, he cometido fulléris en el juego, entonces no me es permitido jugar. Será cosa de investigaciones psicológicas el demostrar cómo la creencia pudo fortalecerse en un saber, que es sólo una ilusión social, porque no nos quedó otra solución que entender el mundo antropomórficamente. El saber es también una creencia, una tradición. Así como el lenguaje o el saber se formó entre los hombres de modo que cada uno pudiera confiar sus impresiones o actos voluntarios al vecino, así continuó también entre los hombres y la naturaleza, pues el hombre le atribuye, no sus órganos de sentidos, pero sí sus actos de voluntad; así llegó a los conceptos objeto y sujeto, causa y efecto, etc., continuando entonces el juego social del saber con árboles y animales. [Mauthner (2001), pp. 60-61].

Como se aprecia, son varias las semejanzas con Wittgenstein: el concepto de que «el saber» es una creencia, que «el saber» es un juego —de lenguaje— que se extiende desde el uso comunitario al resto del entorno, que su aplicación está conforme a reglas de uso.

Hay muchas observaciones memorables en *Sobre la certeza* donde Wittgenstein explica la relación entre la posibilidad de saber y el sustrato colectivo de este juego de lenguaje, la relación entre «certeza» y saber, e incluso la posibilidad de saber equivocarse en conexión con lo colectivo, como cuando sostiene «Para que un hombre se equivoque, ha de juzgar ya de acuerdo con la humanidad» [Wittgenstein (1997a), p. 23c]; en esta misma línea con total convicción Wittgenstein sostiene «El saber se fundamenta, en último término, en el reconocimiento» [Wittgenstein (1997a), p. 49c]; y «[...] Cuando un hombre dice que *sabe* alguna cosa, ha de ser algo que, de acuerdo

con el juicio general, se encuentra en situación de saber» [Wittgenstein (1997a), p. 73c]. Pero hay una explicación más amplia en un mismo párrafo —el 245— de este texto, en el que se observan estos asuntos:

¿A quién dice alguien que sabe una cosa? A sí mismo o a otra persona. Si se lo dice a sí mismo, ¿cómo se distingue de la constatación de que tiene la *certeza* de que las cosas son así? No existe ninguna seguridad subjetiva de que yo sepa alguna cosa. La certeza es subjetiva, pero no el saber. De modo que, si me digo a mí mismo «Sé que tengo dos manos» y lo que digo no trata de expresar mi certeza subjetiva, he de poder convencerme de que tengo razón. Pero, si no puedo hacerlo, que tengo dos manos no es menos cierto antes de mirármelas que después. Podría decir, sin embargo: «Que tengo dos manos es una creencia irrefutable». Ello manifestaría el hecho de que no estoy dispuesto a considerar nada como una prueba contraria a esta proposición. [Wittgenstein (1997a), pp. 32c-3c].

«Saber» es un juego de lenguaje cuyas condiciones de realización sólo son posibles sobre la base de un entramado comunitario de reconocimiento de lo que está en condiciones de ser sabido. Para ambos autores esto es el horizonte de sentido de «saber». En Mauthner se trataría de un juego objetivo que es posible gracias a una confianza colectiva de referir impresiones. En Wittgenstein, quien contrasta constantemente su posición con la G. Moore sobre el «hecho de saber», no sólo involucraría lo que Mauthner considera fundamental, sino que también implicaría el rechazo a concebir «saber» como un estado mental, ya que no se sabría con exactitud si en ciertos contextos donde «saber» aparece —tales como: «Yo sé cuánto mide...»; o «Yo sé jugar ajedrez»; o «Sé como te sientes»— el uso se refiere a disposiciones, procesos, estados o al entendimiento,¹⁵ pues la gramática de «saber» está asociada, entre otras ocurrencias, a una capacidad. Sin embargo, para ambos, en cualquiera de las alternativas de uso de «saber», la aplicación de este juego estaría sujeta a reglas específicas que dependen de la situación propia de «saber», juego de lenguaje que comparte con todos los demás la sujeción a reglas de uso.

IV. JUEGOS DE LENGUAJE

La noción «juegos de lenguaje» de Wittgenstein ha aparecido, inevitablemente, en cada uno de los términos señalados hasta aquí, sino explícitamente, al menos de forma tácita. En general, probablemente, ningún texto crítico del filósofo vienes lo puede soslayar.

Sin embargo, aparentemente, no se encuentran ensayos críticos, exceptuando el de Weiler (1970), que comenten en algo la similitud del concepto con la reflexión de Mauthner. De modo que una nota de cautela cabe aquí. Puede ser del todo posible que se haya visto la similitud, pero que haya sido considerada irrelevante. A este respecto, sólo los méritos de los pasajes que a

continuación se comentan dirán algo sobre esta querrela. En lo concerniente al concepto en Wittgenstein, esta nota de cautela se vincula con el hecho de que no hay unanimidad en la definición, descripción o análisis del término entre sus críticos, y no la hay porque no es posible proporcionar una explicación unitaria del concepto, pues éste contiene en sí mismo la imposibilidad de una definición que contenga todas sus significaciones, ya que como los juegos, la noción «juego de lenguaje» sólo tiene «aires de familia» respecto de los eventos que abarca.¹⁶

Pero de la centralidad del concepto, no hay ninguna duda. Hintikka lo resume de la siguiente forma: Para resaltar el carácter de actividad gobernada por reglas que presenta el lenguaje, Wittgenstein lo compara con un juego: «cuando estudiamos el lenguaje lo *contemplamos* como un juego con reglas fijas. Lo comparamos con él y lo medimos con un juego de ese género» (*Philosophical Grammar* III, sec. 77). Éste es el origen de uno de los conceptos más famosos de la última filosofía de Wittgenstein, el concepto de «juego de lenguaje». Se trata de un concepto extraordinariamente fructífero al que se le pueden dar importantes usos muchos de los cuales no habrían sido aprobados por Wittgenstein [Hintikka (2000), p. 31]. Tiene razón Hintikka cuando dice que «juegos de lenguaje» es uno de los conceptos más famoso de Wittgenstein, pero no la tiene cuando fija su origen en una idea que el filósofo expone en *Gramática filosófica*. Es verdad que no se puede señalar con exactitud cuál de sus escritos alcanzó una forma definitiva mientras él escribía —si es que alguno la alcanzó, aparte del *Tractatus*—,¹⁷ pues se sabe que redactaba sus notas, de distintos temas, paralelamente, y nunca sentía satisfacción total con el resultado.¹⁸ Pero, desde una perspectiva cronológica de la circulación de sus notas, se encuentra en *Cuaderno Azul* una primera referencia,¹⁹ donde introduce y explica de forma general ese concepto:

Yo le doy a alguien la orden: «tráeme seis manzanas de la frutería», y voy a describir un modo de utilizar tal orden: las palabras «seis manzanas» están escritas sobre un trozo de papel, se entrega el papel al frutero, el frutero compara la palabra «manzana» con las etiquetas de los diferentes estantes. Encuentra que concuerda con una de las etiquetas, cuenta desde uno hasta el número escrito en la tira de papel, y por cada número que cuenta, coge un fruto del estante y lo pone en una bolsa. Y aquí tienen ustedes un caso de uso de palabras. En el futuro llamaré su atención una y otra vez sobre lo que denominaré juegos de lenguaje. Son modos de utilizar signos, más sencillos que los modos en que usamos los signos de nuestro altamente complicado lenguaje ordinario. Juegos de lenguaje son las formas de lenguaje con que un niño comienza a hacer uso de las palabras. El estudio de los juegos de lenguaje es el estudio de las formas primitivas de lenguaje o de los lenguajes primitivos. Si queremos estudiar los problemas de la verdad y de la falsedad, del acuerdo y del desacuerdo de las proposiciones con la realidad, de la naturaleza de la aserción, la suposición y la pregunta, nos será muy provechoso considerar formas primitivas de lenguaje en

las que estas formas de pensar aparecen sin el fondo perturbador de los procesos de pensamiento altamente complicados. [Wittgenstein (1998), pp. 44-45].

En las *Investigaciones*, parágrafo 7, se encuentra su postura más citada,²⁰ siendo en realidad una variación de la expuesta en *Cuaderno Azul*:

7. En la práctica del uso del lenguaje (2) una parte grita las palabras, la otra actúa de acuerdo a ellas; en la instrucción en el lenguaje se encontrará *este* proceso: El aprendiz *nombra* los objetos. Esto es, pronuncia la palabra cuando el instructor señala la piedra. — Y se encontrará aquí un ejercicio aún más simple: el alumno repite las palabras que el maestro le dice — ambos procesos se asemejan al lenguaje.

Podemos imaginarnos también que todo el proceso del uso de las palabras en (2) es uno de esos juegos por medio de los cuales aprenden los niños su lengua materna. Llamaré a esos juegos «juegos de lenguaje» y hablaré a veces de un lenguaje primitivo como un juego de lenguaje.

Y los procesos de nombrar las piedras y repetir las palabras dichas podrían llamarse también juegos de lenguaje. Piensa en muchos usos que se hacen de las palabras en juegos en corro.

Llamaré también «juegos de lenguaje» al todo formado por el lenguaje y las acciones con las que está entretejido. [Wittgenstein (2002), pp. 23-24].

Para Wittgenstein el lenguaje es una actividad, una forma de vida, que guarda con los «juegos» una relación en la práctica, en el procedimiento: se comparten ciertas reglas de uso, pero no todo el comportamiento lingüístico, como en el juego, está sometido a normas.²¹ Así como no todo está reglamentado en el juego del tenis —por ejemplo no está regulada la altura a la que se puede lanzar la pelota—, así tampoco en el lenguaje no todo está sujeto a una norma; por ejemplo no está regulado cómo expresar una orden pues ésta se puede dar de muchas formas. Del mismo modo, en el transcurso de un partido de tenis no existen cortapisas a las distintas alturas que puede alcanzar la pelota.

Parte de lo esencial es asumir que con este concepto Wittgenstein señala que la adquisición de una lengua no se da por explicación, o por un mecanismo ostensivo, sino que principalmente por adiestramiento. La explicación es parte del proceso de adquisición, esto es, es parte del adiestramiento que el niño va experimentando al tomar contacto con el lenguaje. Este adiestramiento, como los juegos, se compone de múltiples acciones, gestos y comportamientos. Como sostiene Pitkin, el adiestramiento se diferencia de la explicación en dos aspectos: es no verbal, en su desarrollo participan otros aspectos, y aspira a que el que aprende actúe de alguna forma, al margen de lo que pasa en su cabeza [Véase Pitkin (1984) pp. 73-4; véase también Koethe (1996), pp. 47-71]. De allí que Wittgenstein [(2002), p. 205] sostenga: «¿Cómo explico a alguien el significado de “regular”, “uniforme”, “igual”? Explicaré estas palabras a al-

guien que, digamos, sólo habla francés por medio de las correspondientes palabras francesas. Pero si una persona no ha adquirido aún los *conceptos* le enseñaré a usar las palabras por medio de *ejemplos* y de la *práctica*.» Los juegos se aprenden observando cómo otros juegan, y de allí practicando en lo sucesivo, primero torpemente, para luego dominar la técnica: «Comprender un lenguaje significa dominar una técnica.» [Wittgenstein (2002), p. 201].

¿Cuál es el vínculo con Mauthner? La siguiente cita da orientaciones al respecto: «El lenguaje una regla de juego [...] El lenguaje no es más que un valor aparente, como una regla de juego, que también será tanto más autoritaria, mientras más jugadores haya; pero que ni puede variar ni comprender el mundo de la realidad. En el majestuoso juego social del lenguaje se alegra el individuo cuando, siguiendo las mismas reglas de juego, piensa con millones a la vez [...]» [Mauthner (2001), p. 52].

La metáfora en Mauthner es menos clara, y sólo se refiere a una de las propiedades del juego, a saber, el uso de reglas. Acorde con su crítica radical, el lenguaje sería, desde una perspectiva instrumental, algo secundario, accesorio, frente al hecho de «jugar», esto es, frente a las acciones que tienen lugar entre los individuos; por ello el lenguaje no puede ni comprender ni hacer variar la realidad. No tiene valor. El «majestuoso juego social del lenguaje» de Mauthner se refiere a la complejidad que éste ha alcanzado al elevarse como mecanismo de norma. Pero es sólo eso, la suma de tiempo e individuos, engañoso en la importancia atribuida, sólo apariencia, que no puede emplearse si no están los actores y sus acciones.

Sin embargo, lo importante para la comparación es que la noción de «juego» en relación con el lenguaje está presente. No obstante, debe subrayarse que el lenguaje como regla de juego en Mauthner se relaciona en mayor medida con un «utensilio» que junta o divide grupos de jugadores —que tiene algo del sentido de una técnica—, que con las posibilidades de usos y normas gramaticales del sistema lingüístico.

Respecto de la adquisición del lenguaje, Mauthner tiene una perspectiva más cercana a la de «juego de lenguaje» como actividad:

El niño aprende su lenguaje, ya imitando mecánicamente primero la forma y la materia del lenguaje y llenándolas después, o aprendiendo a conocer un objeto nuevo con su nombre. En el último caso, estriba el aumento de conocimiento en el objeto nuevo; el nombre es importante sólo para retenerle en la memoria y para hablar de él si el objeto está ausente [...] La utilidad que garantiza el aprendizaje de la forma lingüística es de otra clase; así se graban signos lingüísticos, no para cosas concretas sino para propiedades, para los estados, actividades y relaciones. [Mauthner (2001), pp. 93-94].

En la concepción de Mauthner de la adquisición del lenguaje, el niño aprende imitando o por ostensión. Imitar es una de las ideas contenidas en el

«adiestramiento» de Wittgenstein. La poca importancia otorgada por Mauthner al mecanismo de ostensión, excepto la de poder hablar de los objetos ya aprendidos cuando están ausentes, contrasta con la importancia que da a «grabar signos» para funcionar con las propiedades, las actividades y relaciones que se establecen entre ellos y los actos, que no son cosas concretas o específicas, sino entramados de estados, del mismo modo que sucede en Wittgenstein la naturaleza del «adiestramiento», en el que se unen discurso, hechos y acciones. Esta idea en ambos autores es muy similar. Si se extiende, podría verse un cierto grado de acuerdo en la noción de los «juegos de lenguaje» como nombre para actos primitivos tales como los de aprender el uso en contextos de dar órdenes, pedir, preguntar, aseverar, saber, sentir dolor, recordar, etc., que son tramas de estados o de actividades, esto es: formas de vida.

V. CONCLUSIONES

Con un hermoso aforismo Hannah Arendt da comienzo al artículo «La brecha entre el pasado y el futuro»: *Notre héritage n'est précédé d'aucun testament*.²² Un camino para interpretarlo es señalar que nuestro pasado, la mayor parte de las veces, no tiene las indicaciones precisas de cómo distribuir sus «bienes», ni de cómo los herederos deben hacerse cargo de lo legado.

Resulta claro que en el caso del entusiasta legado vienés de fines de siglo XIX y comienzos del XX, tan amplio y diverso éste,²³ y con promisorios proyectos para acabar con los problemas modernos, la herencia se ha diseminado sin ciertos nombres propios. Pero por este mismo hecho se hace más comprensible el que haya existido en los herederos, como es el caso de Wittgenstein, un acomplamiento general entre las expectativas de futuro-pasadas no satisfechas, que se refleja por ejemplo en tratar de resolver las confusiones de la filosofía, con el «espacio de experiencias» vinculado a impulsos y talentos individuales.²⁴ El nombre propio olvidado aquí ha sido Fritz Mauthner. El talento e impulso genial es de Wittgenstein.

Pero esta hebra histórica no sólo confirma algo evidente: el peso del contexto vienés sobre Wittgenstein, como él mismo lo declarara, sino que muestra que su trabajo no está dividido, sino que es un mismo proyecto visto de dos puntos de vista muy distintos, pero que persigue, como muchos de los proyectos de otros pensadores austriacos de aquel momento, una tarea global.

No existe un primer y un segundo Wittgenstein.²⁵ Esta división es sólo parte de una lectura que no ha tomado en cuenta, de forma debida, el sustrato histórico del que fue parte. Fritz Mauthner nos da evidencias de aquello, algunas coincidencias entre ambos filósofos muestran una línea de continuidad del contexto.²⁶ Además, e igual de importante, esta lectura de división, de discontinuidad, no ha tomado en cuenta que, por ejemplo, tanto en el *Tractatus* como en las *Investigaciones* «Toda filosofía es “crítica del lenguaje”», esto es:

la constante «lenguaje» es tomada como motor de «la tarea total» en un marco histórico en que, como comenzó este estudio citando, «Ocuparse del lenguaje es la forma fundamental de ocuparse del ser humano (Gerhard Rühm)».

¿Por qué Wittgenstein no da ninguna señal de cierta coincidencia de sus reflexiones con las de Mauthner? ¿Por qué sólo expone un comentario poco amistoso? Son preguntas que no podrán contestarse, probablemente, nunca. Algo de especulación sólo puede arrojar luces sobre las posibles causas de esta distancia. A este respecto mencionaré tres elementos.

Un primer elemento es que a Wittgenstein no le gustaba declararse a sí mismo un radical en ningún aspecto, algo que sí hicieron Karl Wittgenstein, su padre, y Mauthner.²⁷ Distanciarse de ambos, a comienzos del siglo XX, era tanto una forma de distanciarse de una Viena que no cumplió las promesas del siglo XIX, como una forma de distanciarse de su padre que fue, al menos, una persona intransigente.²⁸

Un segundo elemento es el de la religiosidad. Si bien es cierto que la relación de Wittgenstein con Dios es ambigua, su sentimiento religioso era elevado y sensato, a diferencia de Mauthner que gritaba a los cuatro vientos la necesidad de creer en Dios y de cultivar sentimientos religiosos. Quizá este hecho marcó una diferencia importante.

Y un tercer elemento, indicado por Toulmin y Janik [(1998), pp. 294-310] es que Mauthner siempre subrayó la necesidad de incluir el papel de la historia en las reflexiones sociales y filosóficas, lo que lo llevó a un relativismo cultural que, en general, Wittgenstein no seguía.

Hasta aquí se pueden indicar causas del no reconocimiento, por parte de Wittgenstein, de Mauthner. Pero sin duda, entre Mauthner y Wittgenstein, y más allá de las coincidencias y las diferencias, hay una categoría que vibra, pero que necesita de mayor investigación, a saber, la categoría de «autor ecoico».

*Centro de Estudios de la Argumentación
Facultad de Ciencias Humanas y Educación
Universidad Diego Portales
Manuel Rodríguez Sur 415, Santiago, Chile
E-mail: cristiansantibanezy@yahoo.com*

NOTAS

¹ Toulmin y Janik exponen de la siguiente forma el objetivo de este texto ampliamente citado entre los estudiosos de Wittgenstein: «Así, pues, hemos intentado con este libro trazar un cuadro de la Viena de los últimos tiempos de los Habsburgo y su vida cultural; creemos que con la presentación de este cuadro habremos contribuido a hacer más inteligibles las preocupaciones y logros intelectuales del propio Wittgenstein [...] A fin de tratar este problema de forma eficaz, nos vimos obligados —dada la naturaleza del caso— a reunir una sólida colección de pruebas circunstanciales con

referencia especial a figuras comparativamente tan poco familiares como Karl Kraus y Fritz Mauthner [...] La importancia nuclear que hemos dado a Kraus como representativo portavoz ético de su medio ambiente es un punto sobre el que este libro suministra nuevas justificaciones por las cuales habrá de ser juzgado. Lo mismo es en cierta medida verdad respecto al modo en que hemos yuxtapuesto a Ludwig Wittgenstein y a Fritz Mauthner. Aun cuando Wittgenstein opone explícitamente su propia incursión filosófica a la de Mauthner en un punto nuclear del *Tractatus*, no puede decirse, sin embargo, que tengamos otras pruebas acerca de que el *Tractatus* intentase de hecho responder a la anterior crítica del lenguaje de Mauthner; así, pues, nuestra visión de las relaciones que se dan entre Mauthner y Wittgenstein es, en este punto, francamente conjetural» [Toulmin y Janik (1998), pp. 7-9]. Como el estudio que aquí se desarrolla no tiene por objeto una reconstrucción histórica, las comparaciones de los conceptos de ambos autores deberían ser juzgadas por su pertinencia, o falta de ella, a la hora de establecer la vinculación teórica entre Mauthner y Wittgenstein.

² Edmonds y Eidinow (2001) realizaron una investigación biográfica de Wittgenstein y Popper a partir de un famoso encuentro entre ambos en el Cambridge Moral Science Club que tuvo lugar en 1946 y que marcó un punto de inflexión en la mala relación entre ambos. El texto de estos periodistas es una entretenida y especulativa reconstrucción histórica que permite poner en perspectiva ciertos aspectos conceptuales de estos dos filósofos vieneses y, en particular, una serie de comentarios poco amistosos de Popper en contra de Wittgenstein.

³ Véase la introducción de Muñoz y Reguera a su traducción del *Tractatus* en Wittgenstein (1999).

⁴ Para una discusión sobre los alcances de esta aseveración, véase, entre muchos, Cavell (2002) y Pitkin (1984).

⁵ Aún no es unánime si acaso la filosofía de Wittgenstein permitió el desarrollo de la filosofía del lenguaje ordinario, o si acaso sólo hay ciertos puntos de encuentro con lo que J.L. Austin, G. Ryle, P.F. Strawson y J. Searle, entre otros, trabajaron. Como apunta Corredor (1999), mientras Wittgenstein subrayó constantemente que la filosofía no podría formular teorías y proponer hipótesis, siendo estas actividades la fuente de los errores y malentendidos, Austin se esforzó por señalar que las lenguas naturales contienen una estructura subyacente de reglas de uso. Sin embargo, el punto de encuentro es que Wittgenstein realizó su trabajo en torno a las formas de vida, explicación y comprensión, en la dirección constructiva de una teoría del significado orientada al estudio de las reglas de uso. Para una discusión preliminar, véase Corredor (1999), pp. 403-411.

⁶ El poeta español José Moreno Villa, contemporáneo a Mauthner, fue quien hizo la primera traducción al español, publicada en Madrid en 1911. La edición de editorial Herder (2001) que se consulta aquí, utilizó la de Moreno Villa y corrige algunos de sus 'castellanismos' usuales en el contexto de comienzos del siglo XX. Se señala además en esta edición, que el original en alemán de *Las contribuciones a una crítica del lenguaje* constaba de tres volúmenes, siendo la traducción al español la primera parte del primer volumen titulado en alemán *Wesen der Sprache (Esencia del lenguaje)*. Pareciera ser que la edición de Herder toma una edición alemana publicada en 1999 para comparar la traducción hecha por Moreno Villa.

⁷ Gerhard Rühm fue uno de los integrantes del Grupo Vienés que se formó hacia 1950, y que se caracterizó por una crítica al lenguaje sin cuartel. De forma directa uno de sus más famosos miembros, Oswald Wiener, crítico tanto a Mauthner como a Wittgenstein sin vacilación: «y si alguien dice que el significado de una palabra es su uso en el lenguaje, es muy simpático de su parte y sin duda está dicho con toda la buena intención, pero nosotros añadimos a voz en cuello: las palabras junto con su uso están inseparablemente ligadas a la organización política y social, son esta organización [...] la rebelión contra el lenguaje es una rebelión contra la sociedad [...] cuando se consigue acuñar una “opinión” en el lenguaje, la “opinión” sirve al estado [...] Quien se expresa a través del lenguaje es un ‘pensador estatal’». Citado en *Contribuciones a una crítica del lenguaje* [Mauthner (2001), pp. 13-4].

⁸ Como bien sintetiza Marafioti: «Al final de la Edad Media el nominalismo que se impuso fue el expresado por Occam llamado por ello *princeps nominalium*. Consiste en sostener que los signos tienen como función suponerse *pro*, es decir, ‘estar en lugar de’ las cosas designadas, de modo que los signos no son propiamente las cosas, sino que se limitan a significarlas» [Marafioti (2004), p. 44].

⁹ Mauthner redacta sus observaciones en las *Contribuciones* a través de apartados que son precedidos por encabezamientos que contienen el tópico sobre el que trata cada uno. Lo que hace es sólo seguir la mejor tradición aforística de cuño romántico alemán.

¹⁰ Anticipándose a la perspectiva cognitiva del lenguaje asociada a los trabajos en metáfora del departamento de lingüística de la Universidad de Berkeley en California, liderado por G. Lakoff y R. Lakoff —quienes han subrayado que el sistema conceptual a través del que entendemos el mundo está configurado por relaciones y dominios metafóricos (véase Lakoff, G. y M. Johnson (1980), Lakoff, G. y M. Turner (1989)—, Mauthner sostuvo lo siguiente: «Metáfora y comparación. Mientras la metáfora se maneje en retórica y gramática y no histórico-lingüísticamente, no se pensará jamás en este punto que, sin embargo, es definitivo. Lo que nos impulsa a la comparación, esto es, lo que nos obliga en un principio a la ampliación conceptual o creación de nombres es, antes de la ampliación conceptual, algo innominado, algo desconocido, un sentimiento» [Mauthner (2001), p. 137].

¹¹ En el párrafo 342 de la primera parte de las *Investigaciones*, Wittgenstein trata el tópico «memoria» como un juego de lenguaje vinculado a la «reacción», donde el recuerdo puede mover a engaño en una descripción. En el apartado VII del segundo libro de las *Investigaciones* se acerca del mismo modo a la noción de «memoria». De la misma forma es tratada esta facultad en el volumen II de los *Últimos escritos sobre filosofía de la psicología* [Wittgenstein (1996a), p. 25].

¹² Este es el punto de partida de la posición de Lakoff y Johnson (1980) respecto de la construcción metafórica del sistema conceptual. El sistema metafórico, para estos autores, se desarrolla a partir de la importación de las propiedades de funcionamiento de conceptos menos abstractos vinculados, en general, a la acción motora de las personas, hacia conceptos más abstractos, es decir: estos últimos se entienden en función de los primeros, de ahí metáforas como «destruimos sus argumentos», donde el concepto ‘discusión’ es entendido en términos de una ‘guerra’. La visión de Lakoff y Johnson utiliza un punto de vista experiencialista para entender la comprensión, en particular la lingüística.

¹³ Uno de los intentos más serios en vincular, o leer, a Wittgenstein con una perspectiva política, es el de Pitkin (1984). Lo político, según la autora, se manifestaría, o proyectaría, en la consecuencia de una filosofía que hace autoconsciente los malentendidos en las «expresiones», y una acción política resulta de una claridad discursiva que deriva en creencia o voluntad. Pitkin realiza algunos paralelos con la posición de Arendt para explicar las relaciones de la filosofía de Wittgenstein con el «hecho político». Véase Pitkin (1984), pp. 413-489.

¹⁴ Algunos detalles de las incomodidades que Wittgenstein sentía respecto de las formalidades académicas son expuestos en Malcolm (1962). Algunas se debían a situaciones producidas por el contexto, y otras a su «forma de ser». Como ejemplo, valga esta corta pero clara observación: «Wittgenstein was not, strictly speaking, a learned man. His temperament was very different from that of the typical scholar» [Malcolm (1962), p. 20].

¹⁵ Para estos temas, véanse en las *Investigaciones*, los párrafos 148-151, 179, 184, 187, 363, 505-507; en *Sobre la certeza*, tópico saber-estado mental, párrafo 356; para la relación entre saber-creer-decisión, párrafos 367 y 368; un ejemplo irónico de Wittgenstein —párrafo 467— a propósito de que es una «confusión» decir que se sabe algo cuando no hay ninguna prueba que demuestre lo contrario — de fondo disputa con Moore.

¹⁶ Otra circunstancia en torno a Wittgenstein es que tras 54 años de la primera edición de sus *Investigaciones filosóficas* (Oxford, Blackwell, 1953), los comentarios críticos, las aventuras interpretativas y los acercamientos descriptivos a la noción «juego de lenguaje», han sido de tan amplio origen, alcances y énfasis, que es imposible seguir apropiadamente una lectura específica que guíe a un ensayo crítico unívocamente.

¹⁷ E incluso con el *Tractatus* siempre tuvo cierta incomodidad con su versión final. En carta a Russell fechada en 19 de agosto de 1919, escribía respecto de su manuscrito: «Sabes qué difícil me resulta escribir sobre lógica. Esta es la razón de que mi libro sea tan corto y, consecuentemente, tan oscuro. Pero no puedo hacer nada por evitarlo» [Wittgenstein (1999), p. iii]. A esto se debe añadir su insatisfacción con la edición final en inglés publicada por la editorial Kegan Paul en 1922, pues en ella aparecía la introducción escrita por Russell que, a juicio de Wittgenstein, no sumaba, sino que al contrario, evidenciaba cierta incomprensión del texto.

¹⁸ Prueba de esto último es el comentario que añade G.E.M. Anscombe a la publicación de la ponencia de Wittgenstein titulada «Algunas observaciones sobre la forma lógica», que el filósofo escribiera para The Aristotelian Society. El comentario en cuestión es: «Esta ponencia invitada fue escrita en 1929 para la Sesión Conjunta de The Aristotelian Society y The Mind Association. Aunque fue publicada en las actas, Wittgenstein decidió no pronunciarla durante la sesión. En su lugar habló de un tema totalmente diferente: generalidad e infinitud en la matemática. Wittgenstein dejó muy en claro, en su carta de 1933 a *Mind* (capítulo 8 de este volumen) y en comentarios a sus amigos, que pensaba que el artículo carecía totalmente de valor» [Wittgenstein (1997b), p. 45].

¹⁹ La edición en inglés de *The Blue and Brown Books (Preliminary Studies for the Philosophical Investigations)*, a cargo de Rush Rhees, aparece en 1958 (Oxford, Blackwell), mientras que *Philosophical Grammar* aparece en 1974 después de la traducción de Anthony Kenny de *Philosophische Grammatik* —la edición alemana, también de Rush Rhees, es de 1969. Sin embargo, como bien anota Cavell [(2005), p. 45]

al respecto: «during 1933-1934 he dictated privately another manuscript, longer than the former, more continuously evolving and much closer in style to the *Philosophical Investigations*. These two sets of dictations —which came, because of the wrappers they were bound in, to be called, respectively, the *Blue Book* and the *Brown Book*— are now available, bearing the over-title *Preliminary Studies for the Philosophical Investigations*».

²⁰ Es el primer párrafo de las *Investigaciones* donde Wittgenstein comenta el término. Luego, éste se ejemplifica y extiende en los párrafos 23 y 24. De aquí en adelante, Wittgenstein utiliza este marco para explicar todos los «juegos» que importan para mostrar el «uso» del lenguaje, y de paso, los malentendidos que aquejan al oficio del filósofo.

²¹ Como se ha sostenido anteriormente, la noción «juego de lenguaje» es en sí una metáfora, de modo que la metáfora es un mecanismo, por decirlo de alguna manera, meta-teórico en Wittgenstein. Así también lo observa Hintikka [(2000), p. 32].

²² Arendt señala que este es un aforismo de René Char que aparece en *Feuillets d'Hypnos* (París, 1946). Lo trae a colación para desarrollar la relación entre un tiempo pasado y uno futuro a partir de la «mirada del hombre», que experimenta siempre como discontinua la historia. Véase Arendt [(1998), p. 75].

²³ Se trata nada menos que de buena parte de la herencia de la ciencia y arte moderno: Hertz en física, Gödel en matemáticas, Mahler y Schönberg en música —quien solía dar conciertos en casa de Wittgenstein cuando éste era niño—, Loos en arquitectura, von Hayek en economía, Klimt en pintura, Freud en psicología... y la lista puede continuar.

²⁴ Para una revisión introductoria de la relación entre los términos de discusión histórica de «horizonte de expectativas» y «espacio de experiencias», véase Habermas (1993), pp. 11-35.

²⁵ Algunos críticos hablan de «filosofía tardía de Wittgenstein», como Cavell (2005), o Finch (2001).

²⁶ El *Biographical Dictionary of Twentieth-Century Philosophers* (2002), editado por Brown, S., D. Collinson y R. Wilkinson, contiene a Mauthner como uno de los filósofos destacados de Austria del siglo xx.

²⁷ De acuerdo con Edmonds y Eidinow (2001), p. 97: «El padre de Ludwig se veía a sí mismo como un radical, y como tal su apoyo fue fundamental en la revolución de las artes visuales». Y Mauthner escribe en su prólogo: «Yo creo, sin embargo, haber trabajado afanosamente en esta nueva profesión y en este no trillado camino. Y si yo fuera ambicioso, expresaría el deseo de ser considerado como experto en esta nueva disciplina que yo he creado. Pero es muy justo y, en realidad, casi teleológicamente empleable, que lo primero vendrá después» [Mauthner (2001), p. 24]. Por «esta nueva disciplina que yo he creado» Mauthner se refiere a la «crítica del lenguaje».

²⁸ Sobre la relación entre Karl Wittgenstein y su hijo Ludwig, véase Toulmin y Janik (1998), pp. 214-220.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ARENDT, H. (1998), *De la historia a la acción*, trad. Fina Birulés, Barcelona, Paidós.

- BROWN, S., COLLINSON, D. y WILKINSON, R. (EDS.) (2002), *Biographical Dictionary of Twentieth-Century Philosophers*. (2002), Londres, Routledge.
- CAVELL, S. (2005), *Must we mean what we say?*, Cambridge, Cambridge University Press.
- CORREDOR, C. (1999), *Filosofía del lenguaje. Una aproximación a las teorías del significado del siglo XX*, Madrid, Visor.
- EDMONDS, D. y EIDINOW, J. (2001), *El atizador de Wittgenstein. Una jugada incompleta*, trad. María Morrás, Barcelona, Península
- FINCH, H. (2001), *The Vision of Wittgenstein*, Londres, Vega.
- HABERMAS, J. (1993), *El discurso filosófico de la modernidad*, trad. Manuel Jiménez, Madrid, Taurus.
- HINTIKKA, J. (2000), *On Wittgenstein*, Belmont, Wadsworth.
- KOETHE, J. (1996), *The Continuity of Wittgenstein's thought*, Ithaca y Londres, Cornell University Press.
- KRIPKE, S. (1982), *Wittgenstein. On Rules and Private Language*, Cambridge, Harvard University Press.
- LAKOFF, G y JOHNSON, M. (1980), *Metaphors We Live By*, Chicago, University of Chicago Press.
- LAKOFF, G. y TURNER, M. (1989), *More than Cool Reason*, Chicago, University of Chicago Press.
- MALCOLM, N. (1962), *Ludwig Wittgenstein. A Memoir*, Oxford, Oxford University Press.
- MARAFIOTI, R. (2004), *Charles S. Peirce. El éxtasis de los signos*, Buenos Aires, Biblos.
- MAUTHNER, F. (2001), *Contribuciones a una crítica del lenguaje*, trad. José Moreno Villa, Barcelona, Herder.
- PITKIN, H. (1984), *Wittgenstein: El lenguaje, la política y la justicia*, trad. Ricardo Montoro, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales.
- TOULMIN, S. y JANIK, A. (1998), *La Viena de Wittgenstein*, trad. Ignacio Gómez de Liaño, Madrid, Taurus.
- WEILER, G. (1970), *Mauthner's Critique of Language*, Cambridge, Cambridge University Press.
- WITTGENSTEIN, L. (1987), *Últimos escritos sobre filosofía de la psicología*, trad. Edmundo Fernández, Encarna Hidalgo y Pedro Mantas, Madrid, Tecnos.
- (1996a), *Últimos escritos sobre filosofía de la psicología*. Volumen II, trad. Luis Manuel Valdés, Madrid, Tecnos.
- (1996b), *Aforismos. Cultura y valor*, trad. Elsa Cecilia Frost, Madrid, Espasa Calpe.
- (1997a), *Sobre la certeza*, trad. Josep Lluís Prades y Vicent Raga, Barcelona, Gedisa.
- (1997b), *Ocasiones filosóficas. 1912-1951*, trad. Ángel García, Madrid, Cátedra.
- (1998), *Los cuadernos azul y marrón*, trad. Francisco Gracia, Madrid, Tecnos.
- (1999), *Tractatus Logico-Philosophicus*, trad. Jacobo Muñoz y Isidoro Reguera, Madrid, Alianza.
- (2000a), *Movimientos del pensar*, trad. Isidoro Reguera, Valencia, Pre-textos.
- (2000b), *Diarios secretos*, trad. Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza.
- (2002), *Investigaciones filosóficas*, trad. Alfonso García y Ulises Moulines, Barcelona, Crítica.